Mis primeros recuerdos se remontan a antes de mi voluntariado, el miedo que me daba viajar a África por primera vez; un nuevo país, nueva gente y sin hablar francés. Había estado informándome de la política del país, la cultura, las vacunas, etc. y en todas partes decía que no fuera si no era absolutamente necesario, que terriblemente equivocada estaba.

El día que me iba, estaba en el aeropuerto cuando Rafa me llamó para contarme que había habido un atentado en la ciudad a la que me dirigía, Ouagadugu, estaba aterrorizada y totalmente arrepentida de la decisión que había tomado. Aún así, era tarde para echarme atrás, estaba decidida a hacerlo de todos modos, lo que todavía no sabía es que iba a ser la mejor experiencia de mi vida.

Llegué el lunes 14 de agosto, época de lluvias. El aeropuerto era muy pequeño y sucio. Estuve una hora para poder entrar y ni siquiera me pidieron ninguno de los papeles que llevaba, ni el libro de vacunas.
La primera persona que vi al salir fue Ousseni, el presidente de la asociación de minusválidos dónde iba a vivir el mes que iba a pasar allí. Hacia tiempo que no me alegraba tanto de ver a alguien. Me daba miedo no encontrarlo, ya que no tenia ni como llamar ni sabia el idioma. Llevaba un cartel en la mano que ponía CCONG, Adriana y por lo que me han dicho "benvingut". No pude ni leerlo, no me dio tiempo debido a la gran sonrisa que le regale, la cual le hizo saber que era yo la persona que esperaba. Lo que tampoco sabía entonces es que se convertiría en la persona más importante para mi durante ese mes; mi alumno, mi confesor, mi mejor amigo. Justo después apareció Úrsula, otra de las voluntarias; salió de la nada con una gran sonrisa y un fuerte abrazo para recibirme. Justo después, nos dirigimos hacia el taxi, que para mi sorpresa era un coche muy viejo, destartalado, sucio y sin cinturones. Antes de subir conocí a Miquel, un hombre mayor y muy simpático. Se había dejado el pasaporte en la asociación y no lo habían dejado entrar al aeropuerto, debido a los problemas ocurridos los últimos días. También me presentaron a *Taxi Man*, Kindo. Durante el trayecto Úrsula me fue poniendo al día de la vida en Ouagadougou, qué hacían, rutinas, etc.

Cuando llegamos nos topamos con Germán, el último voluntario que me quedaba por conocer. Se dirigía a cenar. Miquel y Úrsula habían cenado antes para poder venir a buscarme, cosa que agradecí completamente. Me dijeron que querían asegurarse de que a mi llegada hubiera alguien que hablara mi idioma, ya que no sabían nada de mi. Con ellos me sentí mucho más segura, fueron muy amables y buenos conmigo, les estaré eternamente agradecida después de apoyarme en ese momento tan difícil que estaba viviendo.

Cuando vi por primera vez la asociación se me pasó de todo por la cabeza. La gente te cuenta las condiciones en las que viven allí, pero cuando lo ves es muy distinto. Era un lugar viejo y lleno de polvo. Quien me iba a decir que iba a acabar sintiendo esa casa como mi hogar y, a echarlo de menos todos los días. Mi cama era un colchón delgado en el suelo cubierto por una mosquitera, luego descubrí que era del Barça. Había dos camas, pero como no estaba previsto que otra persona se uniera a la aventura, los voluntarios habían ido a comprar un colchón y otra mosquitera para poder quedarnos todos allí. La peor parte fue cuando vi el baño, una pequeña habitación pestilente con un agujero en el suelo. Tarde media hora en

decidirme a usarlo, fue con lo que más me costo adaptarme, lo demás fue tan sencillamente fácil que a día de hoy todavía me sorprendo. Conocí también a Seïdou, el cuidador de la asociación y la persona que a la que tenia que pedir cualquier cosa que necesitase. Tardó solo una hora en abrazarme, ahí empecé a sentirme como en casa.

Nos fuimos todos a cenar, y para su sorpresa el lugar donde desayunaban tenia bocadillo de tortilla. Estaban todos súper contentos y yo sin entender cómo podían flipar tanto con un simple bocadillo de tortilla. Entre mi pensé "¿Tan horrible es la comida aquí?". Esa fue la primera vez que vi a mi queridísimo amigo Hamidou. Era un chico joven, muy guapo y con una sonrisa enrome y un corazón aún más grande. Cuando le ofrecí mi mano para saludarlo, me miró y me hico una pequeña reverencia con las dos manos cogidas y agachando un poco la cabeza, no entendía nada. Cuando la mañana siguiente me volvió a pasar lo mismo, mis compañeros me comentaron que por la religión no podía tocar a las mujeres, solo a la suya (aunque todavía no la tenia). Tenían una forma extraña de entender la religión en el sentido de que cada musulmán que conocía tenia costumbres y restricciones distintas. Unos bebían, otros no, unos rezaban 5 veces al día, otros cuando les apetecía, muy curioso todo.

De entre las cosas que los voluntarios me comentaron durante la cena, era que todos iban a irse y me iba a quedar "sola" durante dos semanas y media. Me entró el pánico, la idea de quedarme allí sola me aterrorizaba. Tardé menos de 24 horas en cambiar de opinión de una forma brutal. Después de hablar un rato en el porche, nos fuimos a dormir, aunque yo tarde más de una hora e conseguirlo. Oía ruidos, cabras, y otras cosas.

Mi primer día en Ouagadougou fue inolvidable. Era festivo porque era Santa María y era una fiesta católica por lo que estaba casi todo cerrado, incluido la asociación. Recuerdo mi primer desayuno en la tienda de Hamidou. Por la noche no había visto que era un pequeño colmado con un poco de todo, con una mesa y un banco delante, en la calle. Me preparó mi primer *cafe o let*. consistía en medio baso de leche condensada con agua hirviendo y dos cucharaditas de café soluble. Encima le puse azúcar, ignorante de mi, no sabia que la leche condensada era dulce. Aún sonrío cuando pienso en como echo de menos ese café. (Cabe decir que tardé tres días en adaptar las cantidades de los ingredientes a mi gusto, le pillé el punto, me acostumbré y lo adoré.) Lo acompañé con media barra de pan chicloso con mantequilla.

Cuando volvimos a la asociación use el baño, propiamente dicho, por primera vez. Estaba cada vez más desesperada, solo pensaba en el momento volver a casa. Como cambian las cosas, ahora solo pienso en el momento de volver. Esa mañana vi por primera vez como era el barrio, había llegado de noche. Era todo polvo, suciedad y malos olores. La gente nos miraba raro y se oía como decían como nos llamaban *nassara* (blanco en More, su lengua natal). También fue la primera vez que tuve el primer contacto con el mundo del que me enamoré. Empezando por Hamidou y siguiendo con Mohamet y Rasmane, dos niños del barrio de unos cinco años. Iban sucios y mal vestidos, me impactó bastante, pero muy guapos y simpáticos. Vinieron a saludar cuando salimos a la calle. Era algo muy común, para

mi fue toda una sorpresa. Adoraba a los niños, quería besarlos y achucharlos pero sólo les di la mano, no me atreví a hacer nada más, no sabía la reacción que podían tener. Úrsula empezó a abrazarlos y besuquearlos, eso me encanto, yo también quería. Lo hice sin parar durante un mes.

Esa mañana nos fuimos al centro para comprar cositas y hacerme la cuenta móvil de Orange. Era un lugar súper caótico, con mucha gente. Todos intentaban vendernos cosas. Me advirtieron de ello pero verlo es todavía más alucinante. Como a todo, luego te acostumbras. La gente seguía sin parar de mirarnos, eso me incomodaba bastante. Estaba todo cerrado menos el supermercado para ricos, ……. Era muy curioso ver todo el tráfico de motos, coches y bicicletas que se formaba por todas partes, sobre todo motos. Como dirían en España, allí el más tonto tenía moto.

Después de la gran experiencia volvimos al barrio y fuimos a ver el rio, el velódromo y pasamos por el mercado. Recuerdo los colores, simplemente deslumbrante; los olores dentro del mercado, sobre todo la de las sardinas y la

gente. La gente seguía llamándonos *nassara*. Estaba todo lleno de puestecillos con verduras, algunos de frutas y frutos secos. Lo adoré. Sin en cambio, lo demás seguía pareciéndome polvo y suciedad.

Más tarde, fuimos a comer a "donde siempre". Se llamaba *Restarant du rails*, pero para nosotros era sólo El Restaurante. Era un sitio viejo con manteles de color amarillo roñoso y con un montón de pequeños ventiladores. La verdad es que a pesar de ello no estaba mal del todo. Pedimos sémola (para los otros voluntarios era la primera vez también, siempre comían arroz) con verduritas y medio pescado frito. Estuvo bien. Lo acompañaban con la salsa al gusto. Podía ser la de "tomate" (era más bien de verduras) o de cacahuetes. Seïdou nos acompañó, como en casi todas las comidas. Eran casi todos muy pobres por lo que les pagábamos siempre todo lo que podíamos cuando venían con nosotros. Todo junto (almuerzo para 5) nos costó casi 7 euros, una miseria. Para comer te daban una cuchara y un tenedor

con el arroz. Con pollo, carne o pescado te traían un cuenco con agua y jabón para que te lavaras las manos y las utilizaras como cubiertos, nunca vimos cuchillos.

Cuando volvimos a la asociación ya nos esperaba unos cuantos niños. Estuve jugando con ellos y haciéndoles cosquillas, era el momento más bonito que había vivido desde que había llegado. Estaban ansiosos de cariño y atención y yo de eso tenía un montón. Se me tiraban todos encima para que jugara con ellos, eran niños, ¿que podía esperar? Nos hicimos un hartón de reír. Seguimos jugando a que volaban en una colchoneta que teníamos en la asociación y, como hacia un calor irresistible, salimos al patio a jugar. Estaban muy desmadrados, querían jugar a pelota pero no era el mejor lugar, así que decidimos salir a la calle. Cuando nos dimos cuenta, el número de niños se había duplicado. Con cada niño que se sumaba yo me sentía más feliz. No paraban de pasar coches y motos, así que Seïdou salió a decirnos que nos fuéramos a jugar al campo de fútbol (patio de la escuela), ya que

era muy peligroso jugar en la calle. Además, la pelota terminaba todo el tiempo en casas ajenas y parecía que estábamos molestando. Una de las cosas que más me asombró, de que manera los niños muchas veces molestan por ser niños. Parece que hasta que no tienen suficiente edad para ser útiles son simplemente pequeñas molestias andantes y enfadosas. También me di cuenta que, a pesar de ello, tienen, a su manera, amor y cuidado. Me di cuenta cuando empecé a abrazar a los nenes en lugar de darles la mano, las madres me miraban extrañadas y a veces hasta preocupadas. Poco después, eran las mismas madres las que me llamaban a mí para que fuera a besar y a abrazar a sus hijos.

Me fui primero a cambiar de ropa, me acabé cambiando tres veces. Solo de salir a la calle me llenaba de polvo y aún mas de abrazar y jugar con los niños, ¡Me ensuciaba solo con respirar! Una muchedumbre de niños nos esperaba en el patio, era increíble la expectación y la forma de seguirnos. No terminó allí. Empezamos a andar hacia el colegio y empezaron a salir niños de todas partes y a seguirnos. Todos querían darnos la mano y estar cerca de nosotros. Creo que fue en esos dos minutos de trayecto en los que dejé marchar al miedo para deja entrar al cariño. Parecían tan felices de tener la oportunidad de tenernos cerca que me sentí afortunada de poder vivir esa experiencia y estar allí para ellos y, sobre todo, para mí.

Una vez en el campo estuvimos jugando durante dos horas, intentando organizarlos, hacerlos a todos participes. Cuando nos dimos cuenta, eran más de 100 y no había manera de que pudiéramos jugar a nada realmente. Aún así fue maravilloso. Verlos disfrutar y pasarlo bien me hacia sentir viva. No conocía a ninguno de ellos y me sentía mejor que nunca en mi vida y, todavía no había visto nada. Solo quería que esa felicidad durara para siempre. Cuando los mayores empezaron a molestar y pegar a los pequeños, decidimos dar el partido por acabado.

Primera ducha de agua fría y refrescante. Miquel propuso tomar una cerveza, que idea tan genial. Fuimos de nuevo al Restaurante, todo estaba cerrado. Me tomé mi primera *Brakina*, la cerveza de Burkina Faso. Me supo a gloria. Para mi sorpresa, eran botellas de 75cl y solo por 0.80€. Estuvimos hablando de todo lo que habíamos vivido, había pasado un día increíble, mi felicidad era plena. En ese momento me di cuenta de que todo había cambiado, no creía que podía pasar tan rápido, ya no tenia miedo ni ganas de irme, estaba preparada, contenta e ilusionada por pasar el resto del mes teniendo días tan maravillosos y gratificantes como ese. Me había enamorado de ese lugar y de esa gente, un mes me parecía poco. Efectivamente no fue todo tan perfecto, pero sentirme así me hizo perder el miedo y recuperar las ganas de darlo todo con la energía positiva que me caracteriza. Nos acompañó Sanfó, el secretario de la asociación, y Moumuni, un chico joven con pinta de *rastafari* que hablaba español. Había aprendido el idioma con los voluntarios que habían ido viniendo, cosa que me pareció admirable y fascinante. Era guía, así que podía acompañarnos en nuestras visitas turísticas y hacer que yo me enterara de algo.

Luego nos fuimos de nuevo a Hamidou a comer bocadillo de tortilla a la francesa. Parecía que se había convertido en una costumbre. Se unió Martial, un niño joven, muy guapo y sordo. Cenamos todos juntos, mi nueva familia. Hicimos la sobre mesa en el porche, parecía haberse convertido en otra costumbre, me gustaba.

Al día siguiente tuvimos un gran evento, un desastre. Una ONG alemana venia a hacer pruebas de la vista gratuitas, no lo eran. Tenían que poder visitar a todos, luego ya no. Fue una sorpresa detrás de otra, total desorganización. Por suerte, al final visitaron a todos, pagando claro.

Antes de ir a comer nos lavábamos las manos, recomendaciones de higiene antes del viaje las que quieras y más, aunque luego la realidad es otra. En el trayecto nos

venían a dar la mano muchos niños, así que de poco servía. La higiene era pésima, no había basuras, todo lo tiraban el la calle y, cuando había un montón de porquería, hacían una montaña y la quemaban. Ese día nos sobró comida y se la trajimos a la chica que trabajaba cosiendo, lo más simpático que había conocido,

pequeña sonriente y adorable. Compartió la comida con una amiga que había en la casa. Lavaron un plato sucio, lo usaron y quedó en el suelo durante días hasta que lo necesitaron de nuevo. No acababa de entender esas costumbres, aunque una vez hecha al lugar, puse mis normas en la casa y todos sabían que si se utilizaba algo, se limpiaba o se tiraba a la basura. Lo mejor de todo es que así se hizo mientras yo estuve viviendo allí. Otro dato curioso, era la recomendación de beber agua embotellada. Como las botellas eran caras (menos de un euro claro) bebíamos agua en bolsas de plástico de 50cl a 0.03 la bolsa. En la asociación teníamos "agua potable". Nunca llegué a beber de ella, pero tampoco nos recomendaban lavarnos los dientes y aún así lo hacíamos y todo bien. Otro dato curioso, las chicas que andaban por la calle y se metía en las casas para vender cacahuetes, fruta o no se muy bien el qué. Llevaban grandes cuencos en la cabeza, con un pañuelo entre medio.

Esa tarde visité Kisito por primera vez, el orfanato. Úrsula trabajaba allí y se iba a finales de semana, por lo que decidí empezar a la siguiente y estar en la asociación esa primera semana, ahora lo pienso y me arrepiento no haber ido desde el primer día, aunque Rafa me recomendó que me diera tres días de adaptación, con uno tuve suficiente. El viaje hasta allí fue con Ousseni en moto. Fue guau, más que una experiencia. Cómo conducen, cómo van todos sin caso, cómo una familia entera (bebés incluidos) cabe en una moto, los agujeros en el suelo, los charcos y la cantidad de polvo que comes. Reconozco que pasé miedo, pero como con lo demás,

luego me acostumbre. Iba en una moto diferente, no obstante, una ciclomotor adaptado a minusválidos, con tres ruedas, sin riesgo de caerse, aunque si de tener un accidente.

Mi primer contacto con Kisito fue bonito y triste a la vez. Me dejaron entrar "de visita" y fue bufff… todos los niños gritando y levantando las manos para que los cogiera. Cogí a dos o tres y se agarraban a mi súper fuerte para que no los soltara. Esa ansia de cariño y atención me dejó mal en el cuerpo. Cogí a un bebé que

lloraba, dejo de llorar cuando estuvo en mis brazos, pero tuve que dejarlo en la sillita llorando de nuevo. Esa tarde tuve claro que quería ayudar en Kisito. Los niños de la asociación tenían problemas, sí, pero en más o menos medida cuidaban de ellos y tenían amor, cariño y bastante atención. Mis nenes de Kisito no, así los llamo desde entonces. En lo que pensaba es que, iba a estar allí con ellos durante unas tres semanas, iba a darles todo mi amor y mi cariño, y cuando me fuera, todo eso se iría conmigo. Como Úrsula dijo, mejor haber tenido y haber perdido que nunca haber tenido.

Esa tarde estuvimos hinchando globos de esos largos con los que puedes hacer formas para los niños, fue una locura. Empezaron habiendo 10 niños y para cuando llevábamos media hora había mas de 50 haciendo cola. Desgraciadamente, no pudimos hinchar globos para todos. Me salió un callo y todo del hinchador.

A las 7 de la mañana del día siguiente fuimos a dar el pésame a las chicas del bar de al lado que habían perdido a una hermana en el atentado. La casa era como las demás, un gran patio y oscuro en el interior de la vivienda. Nos invitaron a pasar al pequeño hall de la entrada y, nos sentamos en las esterillas del suelo con dos

mujeres mayores. Se veían destrozadas por la tragedia. Seïdou estuvo hablando durante diez minutos, no puede entender nada, pero según Miquel fue enternecedor y profundamente hermoso. Me alegra haber estado allí solo para dar el pésame, aunque no la conociera y tampoco pudiera entender nada, empatizar con el dolor de los demás, para mí, siempre es algo bueno.

Después, colaboré por primera vez en la asociación. Muy guay. La mayoría de niños no se aguantaban de pie y tampoco hablan, aunque no sé que tenían. Les hacías cualquier carantoña y se reían. Eran como bebés grandes. Era muy gratificante estar con ellos, aunque había un montón, y con Miquel no dábamos al abasto. Él tenía las piernas grandes y podía tener a dos, yo me miraba las mías a ver como podía hacerlo, pero mido solo 1.53m, lo veía imposible. Aún así pudimos dedicarle un rato a cada niño. Y más después de ver como algunas madres / hermanas / cuidadoras, llegaban y los dejaban en el "suelo" (utilizábamos una colchoneta, una esterilla y un suelo de goma blanda de colores). La que más me impactó fue una niña encantadora y risueña que vino con su madre, (encantadora y risueña). No sabia si iba a poder manejar bien la situación ya que nunca había estado con niños así, pero lo único que sentí es amor, cariño y sentí fue ganas de darlo todo. Ese día también descubrí que Miquel era una persona maravillosa y me sentí muy afortunada de encontrármela en el camino. Fue un gran placer conocerle, me ayudó muchísimo, aprendí mucho de él y le respeto, le admiro y le quiero, un alma buena. Aunque no le vuelva a ver siempre le tendré en mi corazón, significó mucho para mi durante ese viaje. Fue bastante reconfortante y enriquecedor después de la triste situación que habíamos vivido a primera hora de la mañana.

Esa tarde fuimos a ver el museo de la Música. Estaba bien pero hacia un calor insoportable, me sudaban hasta las ideas y, tampoco me enteré de nada, la visita guiada era en francés. Aún así, disfruté de la parte en la que nos llevaron al tejado, me recordó a "La Pedrera", aunque sin grandes vistas y también nuestro ratito en la sala de música que fue estupendo. Nos acompañaron todos los que en ese momento estaban en el edificio, estuvieron tocando y bailando y luego pudimos sumarnos a la fiesta, lo que fue súper entretenido y ameno.

Kindo, *Taxi Man*, nos llevó y devolvió a la asociación. Siempre estaba disponible y contento para nosotros. Durante el trayecto de ida estuvimos hablando de que tenía que ir a Kisito de lunes a viernes y me gustaría que él me llevara, ya que no me sentía segura de ir en bici. Él me respondió que encantado y, que le gustaría que practicáramos inglés durante el trayecto, me pareció genial. Durante la vuelta nos hicimos amigos de Facebook, fue solo el principio de una gran amistad. En ese momento no estaba segura de pagar a diario trayectos de ida y vuelta a Kisito, pero fue la mejor decisión que tomé. Junto a Ousseni, Kindo fue una de las personas más maravillosas que he conocido en este mundo. Doy gracias a quién lo puso en mi camino, lo quiero con todo mi corazón.

La mañana siguiente colaboré de nuevo en la asociación y fue súper gratificante también. Aunque hubo un incidente que me quedó grabado. Uno de los niños que venia a diario fue a hacer pipí. Era capaz de gatear (más bien arrastrarse pero me gusta pensar en una forma más bonita), por lo que fue él solo. No calculó bien con la escalera y se cayó de morros. Todos nos sobresaltamos y una de las madres fue corriendo a ayudarle. Cuando volvió al comedor estuvo diez minutos con la mirada perdida y yo solo me preguntaba, ¿Se dará cuenta de su estado?¿Estará triste y avergonzado? Eso es lo que su cara contaba y, yo hubiera dado todo por decirle que no pasaba nada, que todo estaba bien y que no tenia ninguna importancia, yo soy una persona muy torpe y me caigo todo el tiempo, es algo totalmente normal, nada de que preocuparse, solo algo de que reírse.

Cuando nos fuimos al Restaurante es día empezamos una nueva costumbre, la de "entrar" en la cocina para decidir qué queríamos comer. Entrar en la cocina era salir a la calle, y era terrible. Moscas por todas partes. A veces pienso que casi hubiera sido mejor que no hubiera visto las condiciones en las que cocinaban mi almuerzo. Aún así era muy divertido, les encantaba que entráramos ahí, saludáramos y parloteáramos.

Por las tardes intentaba dedicar algo de tiempo a escribir este diario pero se me hacia muy difícil. Siempre venían niños a saludarnos o a jugar, gente a vender cosas, a darnos la mano o simplemente a observarnos. El resto acababa hablando con los voluntarios. La primera vez que cerramos para poder descansar y tomarnos un tiempo para nosotros, mis niños del barrio se subieron al árbol de la casa del al lado para llamar mi atención a ver si al fin si les hacia caso, graciosísimo. Otra cosa muy graciosa es que después de una semana allí, casi había agotado mi tippex, todos los que venían a vernos mientras escribia se preguntaban que era eso y les enseñaba como utilizarlo y simplemente flipaban, divertidísimo.

Seguíamos hiendo a tomar la cervecita al bar y a cenar a Hamidou. Era un chico súper atento y trabajador, siempre intentando aprender nuevas palabras en inglés y en español. Como no me gustaba la idea de saludarnos tan fríamente le propuse un “chocha los cinco” en el aire, le costó entenderlo pero al fin lo hizo y pareció gustarle la idea. Había visto que a veces tenía pastas y decidí probarlas todas, una distinta cada mañana. Al final las que más me gustaron fueron las madalenas. Hamidou lo sabía y decidió empezar a guardármelas, cuando veía la noche anterior

que se le estaban terminado me retiraba dos para que las tuviera por la mañana. Era un amor. Empecé a darle clases de inglés por las tardes, antes de comer y después de Kisito. Es difícil encontrar una persona tan agradecida como él, siempre me decía que yo era una persona maravillosa, y yo le contestaba que era así porque en el camino me encontraba personas como él.

El sábado por la mañana nos levantamos temprano para ir a jugar a básquet en silla de ruedas. Me moría de ganas. Fuimos al campo de fútbol. Dentro del recinto había una cancha de básquet al aire libre. Cuando llegamos se alegraron mucho de vernos. Ousenni también estaba allí. Nos dejaron sillas y estuvimos practicando

durante un rato y luego nos hicieron participar en el partido. Fue una mañana increíble, lo pasé genial. La mayoría eran muy simpáticos y risueños y, aunque hicimos un papel bastante patético, en mi opinión, parecían contentos de que al menos lo intentáramos. Jugaban súper bien, se les veía muy fuertes y rodaban que era una pasada. La sensación fue muy extraña, no era por el hecho de estar sentado, si no por la sensación de no poder usar las piernas para darte impulso, saltar o correr, por ello las tuve en tensión todo el tiempo y al terminar me dolían.

El domingo era el último día de Úrsula y Germán, por lo que no hicimos gran cosa. Por la noche fuimos a celebrarlo, salí por primera vez. La "discoteca" era un lugar enorme, vacío y con la música extremadamente alta. Como no podíamos hablar, bailamos durante todo el tiempo. Fue genial. Escuché por primera vez la música típica y moderna de allí y me encantó. Hubieron dos cosas que me llamaron bastante la atención. La primera era como Martial, nuestro joven amigo sordo, bailaba al ritmo de la música mejor que todos nosotros, era una pasada. Luego como todos los que no eran parte de nuestro grupo y bajaban a bailar, se ponían delante del espejo y se dedicaban a sí mismos los bailes. Después de haber salido varias veces, me di cuenta que era algo normal, les encanta hacerse *selfies* y el *postureo*.

Esa noche no pude dormir, estuvo lloviendo a cántaros y el techo era una placa de metal que retumbaba con el mínimo ruido. No os quiero contar como era cuando llovía, parecía que caían piedras en el tejado. Los días de lluvia allí eran horribles, no podíamos hacer nada porque salías dos segundos y ya estabas empapado. Pero las noches eran aún peor, ni con tapones se podía dormir. Por ello, el primer día que fui a Kisito a colaborar estaba ya agotada.

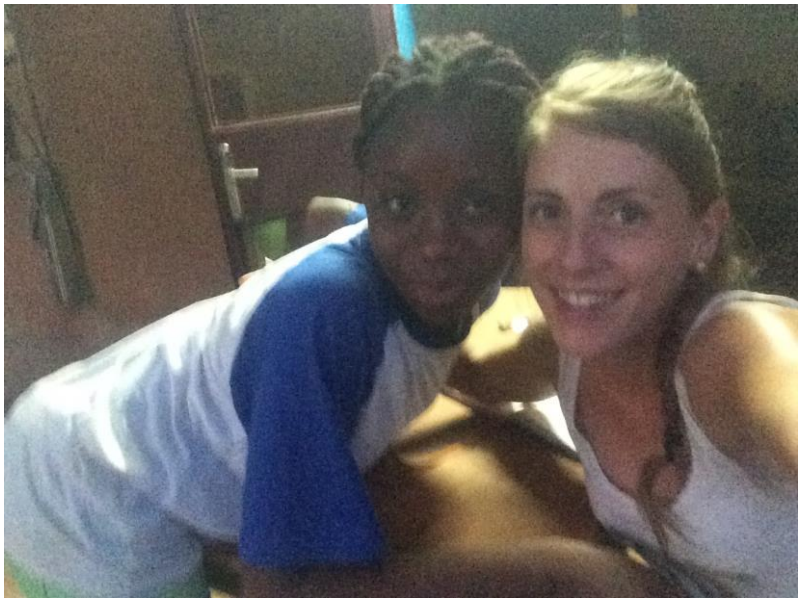
Mi primera mañana fue bastante horrible y siento en el alma decirlo así. Llegué con todas las ganas de ayudar y jugar y pasarlo bien, me duraron menos de una hora. Cuando llegaba por las mañanas los niños estaban todos en el suelo desayunando. Luego los mandaban directos a las habitaciones donde los bañaban. Cuando vi todo por primera vez no entendí nada. Los bañaban en un fregadero. Casi todos lloraron esa mañana. Los enjabonaban de cualquier manera, algunos los lanzaban en el cambiador, a otros les decían que anduvieran para llegar a él, una locura. Luego les ponían la crema de una forma bastante brusca, ropa y fuera. Era como una cadena de montaje. Me pusieron en medio a ponerles crema y cuando vieron que lo hacia con dos deditos y cuidadosamente me mandaron al final, estaba definitivamente estorbando y provocando tráfico. Solo pensaba en que lo normal para mi era bañar a un único niño en media hora, mientras le das todo el amor, juego y cariño que puedes durante y, cómo en media hora habíamos bañado y vestido a 20 niños. Luego nos dejaron a todos en un salón blanco, cerrado, sin ningún tipo de decoración ni ventilación; sin juguetes y sin nada. Allí me entraron las ganas de llorar. Los miraba y pensaba “estos niños no tienen nada”. Sí, están limpios y bien alimentados, pero no se van luego a casa y

tienen a papás que los consideran especiales, los quieren, los arropan y los consuelan. Fue muy duro. Estuve toda la mañana aguantándome las ganas de llorar, pero aún así estuve con y por ellos todo lo que pude, no tenia tiempo que perder, me quedaban solo tres semanas y media. Ver cómo las cuidadoras les pegaban demasiado y les gritaban con un palo en la mano tampoco ayudó a que me sintiera mejor. Sentí que los trataban como animalitos. Comían con las manos y, obviamente se ponían perdidos, aunque eso era más cultural que propio de Kisito. Les lavaban las manos antes de comer y, el suelo estaba limpio que se podía comer en él, literalmente. Tampoco me dejaban cogerlos, "porque si cogía a uno tenia que cogerlos a todos", me decían las cuidadoras, complicado. El rato del patio lo pasé sentada en el suelo abrazándolos y consolándolos cuándo lloraban, aún así creo que yo necesitaba más consuelo que ellos en ese momento. No podía entender cómo eso podía estar pasando en el mismo mundo en el que yo vivía, personas que pisaban la misma tierra que yo. Cuando la gente dice que no sabemos la suerte que tenemos, no lo entendemos hasta que vivimos realidades como esas. Aún así, no tengo para nada un mal recuerdo de mi tiempo allí. También cabe decir que con los días cambié la forma de ver, mirar y entender ciertas cosas allí. A pesar de que sigo sin compartir muchos de los procedimientos que se siguen y, si en mis manos estuviera, cambiara muchas cosas.

Cuando salí estuve una hora llorando sin parar. Creo que fue ese día también cuando Kindo, empezó a quererme, definitivamente fue cuando yo lo quise a él. No sabía qué hacer conmigo cuando me vio llorar, pero sin mucho hizo todo. Miquel fue mi segundo gran apoyo, estuvimos hablando durante horas, me aguantó los llantos y me regaló un montón de abrazos. Estuve también mensajeándome con Úrsula, no sabia cómo ella lo había manejado, pero sus buenos consejos también me hicieron sentir mejor. Para mí el apoyo de todos en esos momentos fue clave. Me considero una persona fuerte e independiente, pero siempre gracias a que tengo buenas personas a mi alrededor que me quieren y me apoyan y, así me sentía allí, querida y acompañada.

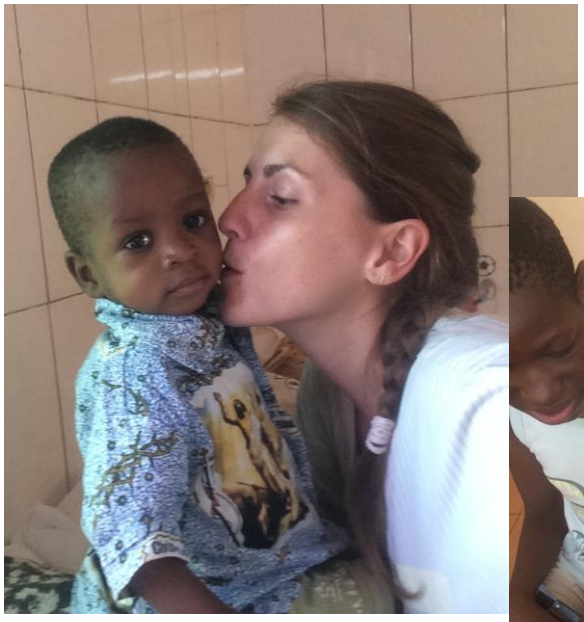
Por la tarde vino Ousseni, acordamos que iba a hacerle clase todos los días sobre las 16h, de inglés y de castellano. Gracias a eso nos hicimos amigos y fue así como se convirtió en la persona más importante allí. Es un alma noble, amable, amorosa y simplemente una persona extraordinaria.

Con mis niños del barrio



Con mi vecina y amiga Michu

Mis nenes de Kisito



Mi queridísimo Miquel

Ratos con mi compi de casa Seïdou

Comida familiar española

Celebrando mi santo ☺

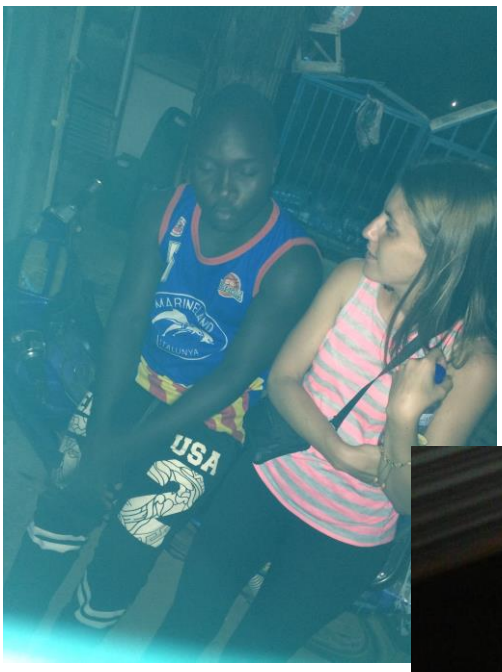
Partido Senegal - Burkina Faso

Mi genial amigo Kindo

Mi gran amigo Ousseni

Tardes de “futbol”

Los amigos del barrio



La despedida

Adriana Escobosa